

Vientos de rotación perpendicular

Alicia Kozameh "Julia"*

A los sobrevivientes, porque lograron sobrevivir.

Y a los que no sobrevivieron, porque vivirán para siempre.

Salvaje el formato adquirido por los sombras de la tarde cuando no llueve, ni truenan, ni el sol es suficiente ni extremo, cuando no hay manera de juzgar el aire por la calidad, por la agilidad de los hechizos que transporta. Cuando las naranjas de los árboles que definen las calles de la ciudad son inalcanzables a las mentes individuales y colectivas, indiferentes a la capacidad de nuestros cerebros de hacerse cargo del color, de los colores circundantes. Cuando lo único ilustrable, previsto, asociable con lo real, es la contundente presencia de la angustia, de la fuerza de succión del aire. Nada más que eso: el aire, transformándose en un círculo gigantesco en los inicios, que va afinándose sospechosamente hasta adquirir la forma de un embudo que gira suavemente al principio, pero en aumento, con la velocidad en aumento, y después loco, loco, que gira sobre sí mismo enloquecido y centrípeto, no tan remoto ahora como quisiéramos pensarlo, no tan desplazado de los acontecimientos protagonizados por la historia, por sus ondas expansivas, sus esquinas, por sus hilachas, sus aparentes pequeñeces periféricas. No tan transparente como algunos preferirían para beneplácito de sus acolchados miopías. No tan transparente. Y tampoco tan iluminado como otros esperaríamos para que se hicieran visibles

sus movimientos a todos los ojos de este mundo, de otros mundos, de todos los mundos.

Salvajes las sombras de la tarde. Atrozmente pasivas en ese aire de reinas inmotivadas, pueriles. Crueles en la displicencia, en el conocimiento del propio poder y en la caprichosa decisión o indecisión de ejercerlo o de no ejercerlo. Sobre todo ahora que este gran movimiento con forma y voluntad de embudo parece más vigoroso, que pocos meses atrás, más notorio y más cercano. Y más escabroso. Y más perverso. Aquí nomás, está. Aquí mismo se desenvuelve y se expande, por entre las curvas de las calles, por entre las vegetaciones y las arquitecturas ciudadanas. Y se mete, ambiciosamente se mete por recovecos y sótanos, alcantarillas y cañerías. Baños, habitaciones, fábricas, cafés, escuelas y oficinas. Universidad y verdulerías.

Pasivas las sobras, decididas a no actuar, a no mover ni un dedo para detener la monstruosidad y el desasosiego. Las reinas, las soberanas sombras de la tarde. Pero parecería que los campos y los montes están, también, invadidos. Se supondría, a juzgar por la multiplicación piramidal de sus dimensiones, que el embudo en movimiento se trasladada de la ciudad al monte, del monte al campo y a los ríos, a los mares, y acciona en todas las latitudes y en todas las geografías. Y es tan irregular en sus estilos, tan improvisado y ecléctico en sus recursos, tan artesanal en su modalidad, y sin embargo tan eficiente en eso de aumentar y registrar las cantidades, los montos, las toneladas de seres despojados de su autonomía y absorbidos por la frenética rotación del aire.

Es extraño, aunque no sea ésa, precisamente, la palabra, es extraño pasar por esa especie de alucinación que muestra escenas desconcertantes, como la que Marisa dijo que presencié noches atrás. La de su hermano siendo atraído por la fuerza de succión del embudo. Lo vio salir más o menos caminando, como borracho, aunque el hermano no toma, lo vio irse tambaleando hasta convertirse en un punto inalcanzable. Y se dobló la perplejidad del vecindario cuando la madre de Marisa contó que una noche después vio a Marisa ser absorbida por la mismo fuerza, y hasta ella misma quedó tirada en el piso del comedor de la casa llena de dolores en las piernas, en la espalda y en los brazos, en los ojos, dolores que ahora son extendidas manchas azules y negras. Eso mientras no lograba que su fuerza física resultara eficaz y mantuviera a Marisa del lado de adentro de la puerta, fuera del efecto de succión que la convirtió, también, en una especie de mancha diluyéndose en las lejanías.

Y todo suena a arcaicas alianzas entre la naturaleza y sus innumerables desajustes, inclemencias, ¿no? Aunque no sé quién encontraría coherente una versión como ésa. No la madre de Marisa. Ella decía que lo que había visto llevarse a la hija no necesariamente podía describirse como una acción del aire, iniciada en el aire, como si estuviéramos hablando de un tornado. Pero nadie entiende a qué se refiere. Más detalles da, menos parece ser escuchada.

Salvajes las sombras de la tarde. Y las de la noche. Y las que quiebran la solidez de los edificios altos del centro de la ciudad cuando empieza a elevarse el

* Escritora argentina. Autora de las siguientes novelas: *El séptimo sueño*, *Pasos bajo el agua*, *Patas de avestruz*

Este texto junto con el de la página 59, forman parte del proyecto: "Año 2000: Memoria Histórica de las Mujeres en América Latina y el Caribe"

sol. Testigos imposibles. Maliciosas. Porque no eran más que las cinco de la mañana cuando Silvano, Tenia y Cecilia, que vivían en una pensión estudiantil en el centro, a dos cuadras de la Facultad de Filosofía y Letras, y yo misma, que vivía en la pensión de enfrente, oímos los alaridos de alrededor de diez personas, mujeres y hombres, que estaban siendo absorbidos por la fuerza de quién sabe qué. De algo invisible, porque cuando nos asomamos a las ventanas que dan a la calle ya no había nada. Pero nada. Ya no estaban. Después, en la Facultad, cerca del mediodía, todos hablaban de que Mecha, Betty, Clara y Mauricio, la hermana y la prima de Mauricio, y tres más que no conozco, habían desaparecido de su pensión. Fueron llevados en la madrugada, decían. No aclaraban qué se los había llevado. Y algo muy similar pasó con los dos hijos del relojero de la otra esquina, y después con el relojero mismo. Aunque en este caso se esfumaron también los relojes. Sólo quedaron tirados por el piso unos pocos que no funcionaban. Como si algo hubiera estado tratando de oponerse a los desdichas, o los extrañamientos, a los vastedades y a las premuras de los sombras. A las urgencias del tiempo en movimiento. Y con cientos, lo mismo. Miles. Eso en los ciudades. Llegada la locura a un cierto punto era fácil sentir lo que otros decían que respiraban: una especie de olor a ubicuidad. Que parecía surgir de lo que fuera que imprimía el movimiento circular del embudo que nos dejaba cada día con menos amigos, familiares, menos hijos, vecinos, profesores. Es que eso, lo que fuera, actuaba con la simultaneidad de un dios. Era desesperante tratar de prestar atención a cada cimbronazo al mismo tiempo, y descubrir la imposibilidad. Estábamos obsesos y confundidos como por un inmenso mareo que nos abarcaba a todos. Que nos incluía en una gran ola de náuseas.

Y eran visibles las naranjas de los árboles que definen las líneas de la ciudad, eran visibles y estallaban en reflejos, en brillos rojizos, amarillos, aunque mi cerebro no pudo hacerse cargo de tanto color, ni pudo siquiera intentar comprender el silencio de esas naranjas ni la flemática paz de la redondez de sus sombras, cuando el aire, perpendicular a la línea del horizonte, un horizonte muy inmediato, cercado de edificios, en movimientos circulares y mecánicos, repetidamente veloces, imparables, me dejó sin la posibilidad de evitar nada de lo que se iba aproximando.



Pero aquí no estamos todos. Estoy yo, hay otras mujeres, amigas, conocidas, desconocidos. Algunas de catorce o quince años. Yo con mis dieciocho, y otras de cuarenta. Y ancianas. Hay viejas que casi no pueden recorrer de punta o punta el pabellón en el que no cabemos, pero hasta ahora sobrevivimos, treinta. Y duermen en las cuchetas de abajo, por supuesto. Les damos casi toda la comida que nos traen, que no varía mucho entre un líquido oscuro con dos o tres huesos en el fondo de la olla, y un pedazo de pan de quince días de antigüedad, casi completamente envuelto por un moho verde, intenso y grueso, aunque no brilla con los reflejos de aquellas naranjas. Los viejos siempre comen mucho. Así que las más resistentes rasqueteamos el pan, lo lavamos, y se lo damos a ellas.

Pero los otros, no, no están aquí. Ni Marisa. Quién sabe qué otras dependencias tenga el fondo del embudo. Qué otras profundidades. Quizá en algún momento veamos algo, logremos descubrir algún indicio. Además de lo que me parecía ver cuando iba entrando a este sótano. La mujer que se parecía tanto a la dueña del mercadito

italiano. Dos hombres sosteniéndole las piernas abiertas y metiéndole en la vagina algo como una rata. Viva. Ella mirando, lívida. Y esa chica con el hijo como de dos años. El nene sangrando, no sé por dónde, y un tipo gritándole a ella: Hablá, degenerada, o no sólo te quedás sin el chico sino también sin vos misma. A ver qué más vemos. Que nos pueda, ¿no?, dar alguno pista.

Porque resulta que a veces parece sencillito. Pero no. A quién se le ocurre que sea tan fácil entender las razones, las verdaderas, últimas razones que pueda tener el aire para cambiar violentamente su naturaleza. O su conducto. O la forma de expresar sus odios. Que de pronto una brisa respirable y serena se convierta en un simún. En un tornado. No. No se entiende. Hay vientos malignos, desoladores, aunque de una horizontalidad casi familiar. Pero que sin aviso previo decidan volverse verticales, y girar como locos, y convertir la existencia de todos en este inmenso horror, no. No hay manera de entenderlo. Así que habrá que investigar. Entender el por qué de cada movimiento. Por qué. Por qué Silvia. Juan. Por qué Cecilia. Gonzalo. Sonia y el marido. Fernanda. Luciano. Rubén. Estrella. Ricardo. Marcela y los tres hijos. Liliana, Mónica. Matilde. Jimena. Susana embarazada. Estela. Averiguar. Hasta saberlo todo. Hasta que no quede una sola respuesta enganchada entre un giro y el otro de los que suelen dar los grandes vientos. Hasta que la Historia se desenrede de los sombríos ropajes. Se desnude, se quede sin corpiño y sin bombacha ante nosotros. Y se abra. Hasta que nos revele la textura de sus interiores. Hasta que decida hablar. Vociferar. Hasta que articule, tome, exprima, hasta que ejerza la palabra.

Porque tan feroces, pueden ser. Feroces, los vientos. Las sombras.

Los Angeles, noviembre de 1999